



El teatro en medio del océano

Francisco Juan Quevedo



El teatro
en medio
del océano

Francisco
Juan
Quevedo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1581

© Francisco Juan Quevedo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: julio de 2022

ISBN: 978-84-233-6184-7

Depósito legal: B. 11.079-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I

La ciudad del Teatro Nuevo

La ciudad atlántica en la que Feliciano Silva Urrutia vino al mundo la noche de San Juan de 1867 se revolcaba de júbilo y fuego celebrando las fiestas de su fundación, ajena a los gritos desgarradores que su madre lanzaba a los cuatro puntos cardinales mientras aquel ser que llevaba dentro se abría paso hacia la vida. Era lo único que podía hacer, ni siquiera le cupo la voluntad de empujar ante aquel vendaval de cuatro kilos y ochocientos gramos que pesó su hijo al nacer. Sufrir, sufrió como si la estuvieran descoyuntando; pero no tuvo nunca la conciencia de parir, porque quien se había parido de verdad había sido aquel crío enorme, como si hubiera querido lanzar al mundo la primicia de que no necesitaba de nadie para sobrevivir. Las Palmas de Gran Canaria, a la que arribó el capitán Juan Rejón en 1478, primera ciudad de la Corona de Castilla en el Atlántico, se recomponía del cólera morbo padecido hacía una década y apuntaba a recuperar pronto los casi veinte mil habitantes que la poblaban antes de la epidemia. Era una ciudad pequeña pero pujante, sobre todo por el aliento que le daba el incesante tránsito de barcos en ruta oceánica que repostaban en el pequeño muelle de San Telmo. Su progreso se había constatado ese año, además, con la creación del Cuer-

po Municipal de Bomberos y con el inicio de las obras del Teatro Nuevo, que tanto reclamaba la burguesía isleña y que fue bautizado como Tirso de Molina, aunque después, por aclamación popular, trocase en el definitivo nombre de Pérez Galdós.

Viendo al padre de la criatura jugar con su vástago en la cuna se solventaba cualquier duda que surgiera respecto a sus dimensiones. Pascual Silva, carpintero de profesión y empleado en el Teatro Nuevo, sobrepasaba el metro noventa y podía pesar en aquellos años, en los que gozaba de la paz de un matrimonio bien avenido, más de ciento veinte kilos. Había nacido en el sur de la isla, y como muchos hombres de esa zona tenía rasgos morunos, como la tez canela. Del trabajo con la madera, sus manos eran callosas y gigantes, con una de ellas levantaba a su esposa por la cintura, como una almohada, hasta hacer que rozara el techo.

A Feliciano, de niño, no se le había pasado otra cosa por la cabeza que ser también carpintero; a pesar de que Ernestina Urrutia, su madre, lo obligaba a asistir a la escuela gratuita de don Nicanor Cardoso en la calle Reyes Católicos. El maestro hablaba muy bien de sus aptitudes; era don Nicanor un sabio de vista exhausta y modales tiernos con sus discípulos, demasiado tiernos, pues la mayoría, con apenas un palmo y medio, le hacían mofa por delante y por detrás sin que su genio de leche tibia le diera ánimo para detenerlos. Aun así, podría decirse que todos los chiquillos que pasaron por sus manos alcanzaron al menos a garrapatear su nombre, a leer los titulares de la prensa y a utilizar las cuatro reglas matemáticas; lo que, a todas luces, se trataba de un éxito. Su espíritu igualitario confundía a sus colegas de estudio de la Universidad

de Salamanca, donde se licenció en Filosofía y Letras, incapaces de entenderlo por mucho que leyeran los textos de Voltaire. Su padre, don Ramiro, no solo lo comprendía sino que lo alentaba. Natural de La Orotava, en Tenerife, de origen portugués, trabó amistad de joven con Viera y Clavijo, que continuó hasta que el insigne ilustrado falleció. Imbuido del espíritu de la Ilustración, don Ramiro lo había proyectado en sus hijos, no importándole en demasía observar cómo Nicanor, su primogénito, se despreocupaba de los negocios vitivinícolas familiares para dedicarse al altruismo.

Feliciano Silva dejó de asistir a la escuela de don Nicanor cuando murió su padre y tuvo que escabullirse para no ser trasladado a la Península como sus tres hermanas menores; aunque tiempo después, cuando decidió por su cuenta que la fortuna dejara de serle esquiva, volvió a solicitar los oficios del maestro, sabedor de que en la educación estaba una de las claves que debía manejar para conseguir sus propósitos de convertirse en el verdadero dueño de la ciudad, de la isla y del Atlántico. En realidad, hubiera preferido que don Nicanor acudiese a su domicilio. Sin embargo, el maestro se negó a impartir sus conocimientos más allá de su escuela, así que Feliciano regresó a su antigua aula, aunque no como un alumno más, porque era un adulto y le dictaba las clases a él solo a última hora de la tarde, cuando los críos se habían marchado. Tampoco ningún otro alumno, ni ninguno de sus padres, le quiso pagar el mes con un billete de mil pesetas, que el maestro no aceptó. Su escuela era gratuita, incluso para Feliciano Silva, que se había ganado en la isla el tratamiento de don. Esto fue por mayo de 1885, no había cumplido aún los dieciocho años, pero ya su nombre andaba de boca en boca por ser el dueño del Ber-

lín, que estaba a punto de inaugurarse como la primera sala de fiestas y salón de juegos de la isla. También se le relacionaba con el asesinato de don Edelmiro Avellanó y de su hijo en la catedral de Las Palmas. Todos los rumores en torno suyo apuntaban a la turbidez de sus asuntos, aunque ello no fue obstáculo suficiente para que su nombre fuera aceptado entre la burguesía isleña y se le abrieran a buen ritmo las puertas de las casas de mayor alcurnia. Don Nicanor resultó, en este sentido, de una ayuda inestimable. Desde los modales mínimos que debía exhibir en una cena linajuda hasta citas memorables, incluso en latín, como *Alea iacta est* o *Veni, vidi, vici*. Le fascinaba la historia de los imperios, estudiaba con ahínco las razones de sus derrumbes. Cuando regresó a la escuela de don Nicanor, su imperio ya tenía asentadas en su base unas columnas de roca viva, pero estaba aún en el inicio, en el comienzo de la expansión. Tendría que ejecutar esta con esmero para que su mandato no fuera fugaz. Su afán llegaba a que sus descendientes lo perpetuaran honrando su memoria. Por esas fechas, Feliciano Silva Urrutia ya exhibía una belleza perturbadora; casi tan alto como su padre, pero con una cintura juncal, lucía un bigote bien perfilado y una musculatura torneada que resaltaba su porte viril. A tales atributos se le añadía un cabello negro, lacio y espeso que se peinaba hacia atrás con brillantina, y una mirada verdimiel de ave rapaz. Se habían cumplido ocho años, casi una eternidad, del día en que un compañero de su padre, al que le había tocado el fósforo más pequeño en el sorteo de ser funesto mensajero, se personó en su casa del barrio de San José con semblante compungido y las manos trémulas, nerviosas, dándole vueltas una y otra vez a la gorra de trabajo. Era una tarde bochor-

nosa del mes de julio, el calor impregnaba la ciudad haciendo sudar sus calles polvorientas. Ernestina Urrutia, hija de un ondarrés sin fisuras que se había quedado en la isla de camino hacia el Río de la Plata, había fallecido apenas dos meses antes. Después del primogénito varón, Feliciano, había tenido dos niñas, Irene y Cándida. Se quedó preñada de nuevo con el anhelo de dar a luz otro niño, pero Dios quiso que naciera una cría mofletuda y rosada que decidieron bautizar como Rosalía, entre las carcajadas de Pascual Silva, que veía con desenfadada resignación la escora de su prole hacia el mujerío. Pero al poco las risas se tornaron en lanzas porque su esposa empezó a mostrar los síntomas devastadores de unas fiebres en el sobreparto que la transformaron en dos días en una oruga sanguinolenta. Pascual Silva quedó desnortado, se convirtió no en sombra, sino en nada de lo que fue. Deambulaba por la vida, y solo el débito de atender a los hijos hacía que se levantara todas las mañanas para acudir a las obras del Teatro Nuevo, cabizbajo, en un simulacro diario de supervivencia. Su naturaleza festiva de acordeonista parrandero había mudado en una espectral abulia, de los pitos del acordeón ya solo salían suspiros languidecientes. Por ello, aunque fue impactante y terrible, no causó demasiada sorpresa el suceso. Se veía venir. Había caído de un andamio hasta estrellarse en los adoquines de la calle de la Marina, salpicándolos de coágulos y acorchados fragmentos rosáceos de su cerebro. «Feliciano... Tu padre tuvo un accidente... El andamio se vino abajo... Se cayeron encima las vigas... No pudimos hacer nada, fue en un suspiro... El pésame...»

Don Baudilio Cifuentes, el constructor del Teatro Nuevo, tuvo el detalle de acompañar a la cuadrilla al

entierro en el cementerio de Las Palmas, que se halla en la salida de la capital hacia el sur, más allá de Vegueta, cerca ya de Las Tenerías y del barrio marinero de San Cristóbal. El calor agobiaba, solo la clemencia de las buganvillas que seстеaban por el camino atenúa-ba el pulso que echaba en aquellos momentos el sol sobre la tierra. Hasta la comitiva llegaba la fetidez de los restos de pescado que la marea todavía no había desprendido de las rocas verdosas y negras que separaban a la isla del agua. Al final del entierro, el constructor le dio un sobre de color desvaído con dos sueldos: el que le correspondía al difunto por lo trabajado y otro más para ayudar a paliar lo que se les venía encima a los huérfanos. «Lo siento, mi hijo, es todo lo que puedo hacer.» Feliciano cogió el sobre y le dio las gracias con las tripas revueltas. Los días que siguieron al fallecimiento de Pascual Silva, Feliciano y sus tres hermanas recibieron la ayuda de las vecinas, que, hartas de atender a su propia prole, mal que bien se turnaban para que aquellos críos salieran adelante hasta que alguien se hiciera cargo de ellos, porque con el dinero que les habían dado en el entierro pronto no les alcanzaría ni para el alquiler de la casa. No había aparecido ni un familiar del finado, ni para el entierro. De la madre, fallecida unos meses antes, sabían que procedía de la Península y que allí en la isla no había más Urrutias que ella. Don Honorio, el cura de la parroquia de San José, rebuscó con la ayuda de otros párrocos hasta dar con algunos primos de Pascual Silva, pero no se prestaron a recoger a los huérfanos, ya les costaba bastante darles de comer a los suyos con lo que sacaban en los tomateros. Solo la constancia de don Honorio los salvó de ingresar en la Casa Cuna del hospital San Martín. Cogió el hilo de la procedencia ondarresa del padre de

Ernestina Urrutia y tiró de él hasta topar con doña Leocadia, viuda de Salcedo, una tía abuela materna de los niños que vivía en Ondarroa y en su viudedad gozaba de una posición económica saludable. Esta, impedida por la autoridad eclesiástica, aceptó a regañadientes a aquellos sobrinos nietos de los que no había tenido noticia hasta el momento, para lo cual había enviado a las Canarias a su mayordomo con una niñera. Don Feliciano, a pesar de ser un chiquillo que no había tomado aún la primera comunión, decidió tajante no llevar a cabo aquel viaje a la villa vizcaína. El párroco se empeñó en pintarle el panorama como el mejor posible en las penosas circunstancias que concurrían en torno a las desvalidas criaturas. Dentro de la desgracia que había acaecido, habían tenido la enorme fortuna, gracias a Dios, de que su tía abuela fuera una persona cristiana, caritativa y muy cariñosa, que a buen seguro les proporcionaría un bienestar y una educación impensable para ellos en la isla. No cedió aunque sabía que don Honorio estaba en lo cierto. A Feliciano se le clavó hondo no abandonar los cuerpos de sus padres, a los que levantaría un panteón de mármol negro, pulido y brillante como una patena, siempre adornado en su interior con rosas amarillas, las preferidas de su madre. Don Honorio tocó en la puerta de la casa para recogerlos y llevarlos al puerto para recibir al mayordomo y a la niñera enviados por doña Leocadia. Esperó unos instantes, la puerta estaba entreabierta, sujeta por la aldaba. La abrió y se topó sobre la mesilla del minúsculo patio abierto que hacía de recibidor una hoja de papel con una piedra encima. En ella encontró la nota de Feliciano con una letra esmerada para su edad; un logro, sin duda, de su paso por la escuela de don Nicanor Cardoso:

Don Honorio, yo no me voy; aunque estén muertos, no dejaré a mis padres solos. Llévase a mis hermanas, sé que es lo mejor para ellas. No se preocupe por mí y no me busque. No quiero ir a la Casa Cuna del hospital San Martín. Gracias por todo lo que ha hecho por nosotros. No lo olvidaré.

Atte. Feliciano Silva Urrutia q.b.s.m.

Bien por considerar que la razón que esgrimía aquel chiquillo era de un peso irrefutable, bien porque se había percatado de que escondía un orgullo y un ánimo irreductibles, bien porque no estaba para niñerías, don Honorio dejó que llevara a cabo su voluntad. Así que, al tiempo que se hizo cargo de la breve estancia de los sirvientes de doña Leocadia Urrutia hasta que se llevaron a las niñas para Ondarroa, no propició la búsqueda de Feliciano, quien por aquel entonces nomadeaba por la zona portuaria, aunque dormía más al norte, bajo las lonas de las barcas varadas en la playa de Las Alcaravaneras. Don Honorio, preso de otras exigencias de sus muchos feligreses, fue olvidándose de Feliciano y de su existencia. Cuando este ya se vio con los duros suficientes en el bolsillo para plantearse la vuelta de sus hermanas, fue a visitar al sacerdote a la parroquia de San José. Había fallecido hacía unos años de una tos ferina; su sucesor en el cargo no sabía nada ni de ninguna tía suya en Ondarroa ni de la dirección de esta. Lo asumió como el motivo definitivo para dejar a sus hermanas fuera de su vida. Imaginó que la de ellas sería más segura con la tía vizcaína, aunque fuera una vieja desagradable y avarienta, que con él en la isla, donde iba imponiendo su nombre a sangre viva. No las olvidó, pero nunca más volvió a intentar su regreso. Su primer empleo fue de vendedor de pescado,

portando dos cestones sujetos cada uno en un extremo de un palo que cargaba en el cogote, se había desollado el primer día a pesar de colocarse una toalla vieja como protección. Un trabajo de galeotes y de rentabilidad escasa, pero que le permitió sobrevivir durante casi un lustro. A las cuatro de la madrugada ya estaba en pie para ayudar a los pescadores de Las Alcaravaneras a ultimar los aparejos antes de salir a faenar, arrastrando los botes hasta el agua. Después debía limpiar los cestones donde descargarían el pescado, tenerles preparado el hornillo para hacerles café cuando regresaran y servírselo, ayudar a varar de nuevo los botes y cargar entonces con el pescado, caminando por la carretera nueva hasta Las Palmas para ir casa por casa vendiendo la mercancía. Todos los días pasaba por delante de las obras del Teatro Nuevo, donde había fallecido su padre. La estructura rectangular sobresalía por encima de las casas de Triana, la calle comercial. Los ciudadanos no las tenían todas consigo en que aquel lugar de la margen izquierda de la desembocadura del barranco del Guiniguada, donde reventaban las olas del Atlántico en tiempos de mar de fondo, fuera el sitio idóneo para ubicar un recinto tan digno. Tanto es así que se habían hecho populares las caricaturas de un joven llamado Benito Pérez Galdós, quien apuntaba grandes dotes artísticas y se había mofado al derecho y al revés con sus dibujos de un teatro lleno de peces y actores y cantantes sumergidos bajo el agua, como si se hallaran dentro de una pecera, el teatro de la pecera. Pero más allá de esas mofas, Las Palmas de Gran Canaria iba incorporando poco a poco la imagen de aquel coliseo. Por supuesto, los trabajos de construcción dejaban el impacto de los carromatos con ladrillos y maderas por doquier, o de las grúas, que se

desplazaban con una ligereza peligrosa, causando más de un aspaviento entre los viandantes, que tenían que sortear montículos de arena, escombros y a los obreros, que no paraban de dar voces pidiendo más piedra o un escoplo que se había caído a la calle de la Marina. Feliciano no se entretenía más que un par de minutos en contemplar aquel formidable espectáculo de la edificación del Teatro Nuevo, debía vender el pescado, y pronto, porque la competencia era mucha. Algunas clientas se encaprichaban con que lo querían limpio, así que tenía que agarrar el cuchillo de cabo de palo que le habían dado los pescadores como adelanto del sueldo de una semana y ponerse a escamar y a arrancarles las agallas y las tripas a los pescados, que todavía saltaban. Se daba arte, eso sí, pero el beneficio era minúsculo. Después de toda una jornada en la que acababa escocido y baldado, podía llevarse en el mejor de los casos diez céntimos, que apenas le alcanzaban para comprar pan y plátanos. Recurrió a otros ardides para entrar en los bares portuarios y comerse un potaje caliente. En uno de ellos, el Berlín, el más cercano al espigón del muelle de San Telmo, halló su segundo trabajo, que le permitió al menos dormir bajo techo después de haber matado por primera vez a un hombre. El dueño del Berlín era un sujeto malencarado natural de Cuenca que decía llamarse Antonio Perales, por mal nombre Cararraja, pues una cicatriz le atravesaba la cara del rabillo del ojo izquierdo hasta la comisura de los labios. Feliciano acudía allí porque era de los locales que cerraban más tarde; además se ubicaba en la esquina del Camino Nuevo con la carretera que cruzaba de la ciudad a La Isleta por los Arenales, por donde se llegaba a su refugio bajo los barquillos de la playa de Las Alcaravaneras. Un día se plantó delante de Cara-

rrajá y le propuso el trueque de algunos pescados que sisaba de las cestas por comida de plato. Antonio Perales lo escrutó con su mirada de cuervo negro y le pareció bien el trato. A partir de entonces, durante unos años en los que Feliciano dio el primer estirón que lo separó de la apariencia de niño para ya parecerse a un hombre, todas las noches llegaba allí y se arrebujaba por cualquier rincón para cenar un potaje de berros, ropavieja, rancho o lo que tuviera a bien servirle el conguense. Una de esas noches de febrero de 1881, un febrero desatado de aire frío, al ver que Antonio Perales hizo el gesto de «fuera todos de aquí» ladeando la cara una milésima de segundo, Feliciano se enfundó dos abrigos viejos y un gorro más viejo aún, que le había regalado uno de los pescadores de Las Alcaravaneiras al verlo tiritar bajo el relente de la mañana, y salió a la calle, en la que cortaba el viento. Le quedaba todavía llegar hasta el día de San Juan para cumplir los catorce, pero ya destacaba algo su talle y la pelusa que se arracimaba sobre el labio iba formando las trazas germinales de un tupido bigote. Corrió para calentarse, pero, tras dejar atrás apenas unos cien metros el Berlín, tuvo que pararse en seco. De un arbusto salió una sombra agazapada:

—Hombre, por fin saliste, me estaba muriendo de frío. —La luna era menguante, pero aun así distinguí que se trataba de un pependenciero habitual del puerto.

—¿Qué quieres? —Intentó no parecer asustado, pero no resultó convincente. El maleante soltó una carcajada hedionda.

—Poca cosa, tratándose de un muerto de hambre como tú seguro que no debes de tener mucho guardado; pero al menos para una botellita de ron me dará.

—Al tiempo abría una navaja herrumbriente, al decir del ruido quejumbroso que salió de sus muelles.

Feliciano reaccionó con el instinto primario de la supervivencia a la que su orfandad lo había empujado; con una rapidez animal aferró el cuchillo de cabo de palo que utilizaba para limpiar el pescado y, antes de que el gañán aquel que se le había atravesado en el camino terminara de abrir la navaja de un palmo que tenía entre las manos, dio un salto y se tiró hacia él. La hoja del cuchillo entró en el cuello como si fuera la ventresca de un atún. Le seccionó de cuajo la carótida y también la sonrisa de matón, que ahora se deshacía en una mueca entre asombrada y ridícula. La sangre caliente corrió por su brazo como si se hubiera roto una tubería de agua, empapándolo de arriba abajo de un parduzco caramelo líquido que en segundos empezó a hacerse pegajoso. Cuando extrajo el cuchillo, el cuerpo de aquel matachín cayó a saco en la tierra arenosa; fue el jable el que se encargó de absorber la sangre que continuaba manando del cuello abierto de un tajo mortal. Se había quedado inerte, sin fuerzas para dar un paso, mirando con fijación, sin poder desviar la vista, al primer hombre que había matado; hasta que oyó a alguien a su espalda y se viró con el cuchillo que todavía tenía aferrado en su mano. «Venga, chaval, ayúdame a subirlo en el burro; no quiero ver merodeando cerca de mi local a los guardias civiles de mierda.» Sin dar respuesta a Cararraja se agachó y agarró por los pies al hijo de puta que le había amargado la noche; el dueño del Berlín ya se había hecho cargo de sujetarlo por debajo de los hombros. Debía de ser por la muerte, pero pesaba mucho más de lo que aparentaba; de un arranque lo tendieron boca abajo sobre la bestia, que no emitió ni un leve quejido. Con rápidos movimien-

tos de marinero cuajado, Antonio Perales lo sujetó con una lazada y empezaron a caminar entre los arenales, alejándose de la primitiva carretera que llegaba a La Isleta. «Bueno, aquí ya está bien.» Habían caminado unos veinte minutos tierra adentro en silencio y alertas. De un jalón el nudo se deshizo, el fardo sangriento cayó con violencia. Feliciano estuvo a punto de preguntarle a su cómplice inesperado si no lo iban a enterrar; al menos hacer un agujero en aquellas arenas salpicadas de aulagas, meterlo dentro y rezar un padrenuestro por su alma. No se trataba de piedad, al menos no lo sentía así, sino de cumplir lo mínimo posible con la tradición. Carrajá lo ayudó a zafarse de aquellas cavilaciones.

—Vámonos de aquí, dentro de poco esto estará lleno de gaviotas y perros hambrientos que dejarán a ese hijo de puta sin cara. No lo reconocerá ni la mala madre que lo parió. Y si lo reconocen es igual, esto está bastante lejos del Berlín. Las malas hierbas hay que arrancarlas de la tierra, y esta tuvo suerte de que no la arrancaran antes... ¿Cómo te llamas?

—Feliciano.

—Joderse, un nombre de coña para esta puta vida. Mira, Feliciano, lo mío no es hablar; así que escucha, que no te lo voy a repetir. Necesito a alguien que me ayude en el bar, me hago viejo y la barriga se me está pudriendo. Veo que eres capaz de pararle los pies a cualquiera que se ponga gallito, que siempre hay alguien con ánimos de joder la marrana. Bien, te propongo un nuevo trato: comida, cama y techo por trabajar en el Berlín. Si te atreves a robarme, te la verás conmigo; te juro que yo abro la navaja más rápido que ese cabrón al que ojalá Dios no le dé nunca descanso eterno... ¿Estás de acuerdo?

—Sí, señor.

—A mí me llamas Antonio, que así quiso mi madre que me nombraran, y sin don, que eso es para los señores de cuna; pero tampoco te olvides de que los desgraciados como nosotros también tenemos sangre en el cuerpo y queremos que no se nos prive del respeto.